

Perra - - - 192
 Los pin -
 Dhal F. 57 hasta el

del orden público, de sedicioso; decían que trataba de destruir el templo, tramando de este modo la ruina del país. La misma acusación cupo a los apóstoles, tratados ante el gobernador de Cesarea, Félix, de hombres pestilenciales, que andaban por todo el mundo metiendo en confusión i desorden a los judíos, señalándoles como a jefes de una secta rebelde. Al recordar esta historia, se cree leer la de los tiempos modernos. Abundan hechos análogos en la segunda mitad del siglo XVIII i en la primera del nuestro: despues de diez i ocho siglos se repiten contra la Iglesia las mismas acusaciones, ya más, ya menos decididamente, cuando ella quiere trabajar por sus pontífices en la salud de las almas con aquella libertad e independencia que son la condición esencial de su existencia sobre la tierra.

En el origen de la Iglesia de los primeros tiempos el derecho que tenía de llevar su misma con independencia, sin por un corto número de exilios que han llevado su sacerdocio a la distancia hasta confundir de nuevo la heroica conducta de los santos apóstoles, i la de sus discípulos i sucesores; pero todos los siglos cristianos han celebrado a igual más la santa libertad de su palabra, la magnanimidad de su conducta, i el perseverante valor de sus esfuerzos. Solamente en los tiempos del filosofismo no se quiere que esta libertad i este valor pasen de los tres o cuatro primeros siglos. ¿Mas por qué se pretende rehusar a la Iglesia de nuestros días lo que se reconoce a la Iglesia de los días antiguos? ¿Hai dos Iglesias? ¿La unidad desapareció con Jesucristo i sus apóstoles? ¿El sagrado depósito de la fé, que está en las manos de los nuevos pontífices, viene de otro origen que de la misma fuente apostólica? Jesucristo que era ayer con nuestros padres, no está hoy con nosotros, i lo estará por todos los siglos? ¿Las promesas del Hijo de Dios eran solo para tres siglos, o engañosas i frustráneas cuando al volver a su Padre las otorgó para toda la duración de los siglos? ¿No permita Dios que nuestra confianza en su palabra vacile un instante! Pero si nuestra Iglesia es la misma que nació en el Calvario, i si el Salvador está siempre con ella, ¿por qué no ha de tener el derecho que tuvieron los apóstoles i los primeros pontífices de defender con libertad las verdades de que es depositaria, i de ejercer también el ministerio que se le ha confiado? La Iglesia sabe mejor que los hombres lo que debe a las potestades de la tierra. San Pablo ha enseñado a quien se resiste cuando se resiste a la potestad legítima. La lei justa es a sus ojos una emanación de la eterna verdad, i la voz que la proclama es una voz ordenada por Dios. Pero entrando la Iglesia en el dominio de las cosas espirituales, entra en su soberanía i ejerce su independencia. Resplandee sobre su frente entonces la aureola de aquel rehado que Jesucristo reconocía en sí mismo delante del gobernador romano; rehado que continúa la Jerarquía Católica en la tierra, i continuará hasta que vuelva el Juez de vivos i muertos.

La Iglesia es libre por su misma institución, con la misma libertad de su divino fundador i de los apóstoles, para enseñar, para conservar las relaciones de sus partes con la Cabeza visible, para ejercer plenamente toda su autoridad, para establecer órdenes religiosos que practiquen los consejos evangélicos.

F-922

El filosofismo del presente siglo comparado con el del anterior.

Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum iniquum est. In vanum autem me colunt, docentes doctrinam, et praecepta hominum.—MARC. VII—6, 7.

No pretendemos hoy examinar la cuestión, ya debatida por diversos escritores, sobre si pueden existir ateo verdaderamente especulativos: si es posible que se atreva alguno a desmentir a los ateo que proclaman sin cesar las glorias de Dios, i al mismo tiempo que anuncian por todas partes las obras de Alabado (Sal. XVIII. 1.): si el hombre en sus

locuras ha podido llegar hasta convencerse de que no es una providencia sabia, sino una casualidad ciega la que mantiene el orden admirable i la portentosa armonía de los distintos seres de la naturaleza i ese prodijioso encadenamiento de causas i efectos que se ofrece diariamente a la vista del rústico i a la contemplación del sabio: si es tanto el orgullo i la vanidad del débil i limitado entendimiento humano que juzgándose capaz de conocer por sí solo, mediante una razón siempre falible, las grandes i sublimes verdades de la Religión, deseche la necesidad de una revelación divina. Nada de esto examinaremos en este artículo, porque cualquiera que fuese el resultado de nuestras investigaciones, no sería ménos cierto que un Pitágoras negó abiertamente la existencia de Dios, que un Demócrito i un Epicuro atribuyeron al acaso cuanto a nuestras miradas se presenta, i que tanto los otros en diferentes tiempos han hecho alarde de sus desatinadas doctrinas. I para nuestro intento no sería ménos innegable que en el siglo pasado hubo muchos que, apellidándose filósofos, se gloraban en blasfemar de Dios, que fundaron una escuela atea o materialista, i que hacían gala de enseñar enormes impiedades.

Nadie ignora que desde el origen del cristianismo la verdad no ha cesado de ser combatida en donde quiera que se ha manifestado alguna de sus formas divinas. El principio de esta lucha ha sido en el fondo siempre el mismo: es el combate entre la carne i el espíritu. El error sin embargo, ha sabido muy frecuentemente tomar el lenguaje i los coloridos de la verdad, en términos de engañar a algunos católicos de corazón. Mas en el último siglo se presentó una escepción de esta regla, porque el filosofismo arrojó la máscara i se ostentó en su espantosa desnudez. No se puede hallar una cosa semejante, sino remontando al siglo de Epicuro. El carácter particular de esa luctuosa época se refleja admirablemente en los escritos de los filósofos de entonces; es el cinismo i el libertinaje, es un ataque abierto contra Dios, o a lo ménos contra toda la religión práctica i positiva. Eran hombres que se gloraban de la nada; i que en la infatuación de su ridículo orgullo podían decir, es por nuestra fuerza que nos hemos hecho tan temibles (Amos V-1.)

Rousseau que los conocía muy bien, los pluta soberbios, orgullosos e intolerantes; dominados por sus pasiones, muy pagados de sus sistemas, i maestros de las perniciosas doctrinas. "Huid, dice, huid de aquellos hombres que bajo pretexto de explicar la naturaleza, sembrán en los corazones doctrinas desoladoras, i cuyo aparente escepticismo es cien veces más afirmativo i dogmático que el tono decisivo de sus contrarios. Bajo el orgulloso pretexto de que solo ellos son ilustrados, veraces de buena fé, nos someten imperiosamente a sus secas decisiones, i pretenden darnos por verdaderos principios de las cosas los ininteligibles sistemas que ellos se han forjado en su imaginación: por lo demás, trastornando, destruyendo, hollando todo cuanto respecta a los hombres, quitan a los aflijidos el único consuelo en su miseria, a los ricos i poderosos el único freno de sus pasiones; arrancan de los corazones el remordimiento del delito, la esperanza de la virtud, i despues de esto se jactan de ser los bienhechores del género humano. La verdad, dicen, jamás es conocida a los hombres; lo creo como ellos, i ésta es a mi ver, una gran prueba de que lo que ellos enseñan no lo es; de que lo que dicen no es verdad." I en otra parte: "Ardientes misioneros del Ateísmo i muy imperiosos dogmáticos, ellos (los filósofos) no sufren sin cólera, que sobre cualquier punto se atreva alguno a pensar de otro modo que ellos piensan.... Sus pasiones que gobiernan su doctrina, a su interés en hacer creer esto o aquello, hacen imposible penetrar lo que ellos mismos creen...."

He aquí descifrado el filosofismo del siglo 18. ¿cual es el del nuestro? El mismo, pero cubierto con una máscara hipócrita. Pasó la moda, pasó el pr

rito de blasfemar a cara descubierta contra la divinidad: ¡a decir verdad, son tantos i tan graves los cargos que se le hacen al impío filosofismo; son tantas las maldades, tales las atrocidades, tan espantosos los crímenes de que con justicia se le hace autor, que ya se avergüenza de presentarse en su propia fisonomía, i hol hace otro papel. Quiere herir a mansalva, i se presenta como defensor de esa misma religión, que odia, que detesta i que trabaja por destruir. Si se exhibiera con su verdadera piel, todos conocerían el *Lobo*, i se vería por donde quiera perseguido, estrechado i aniquilado: ¿quién sería el que no desconfiara por lo ménos? No haría prosélitos, i se vería cuando no fuera mas, condenado al común desprecio; i esta muerte civil, digámoslo así, sería precursora infalible de su total ruina. Mas como la maldad es fecunda en recursos, se cubre con la piel de cordero, i mesclándose entre las ovejas, trata de inspirar confianza para que se le siga, i poder así llegar mas fácil i seguramente a su detestable fin: despedazar la greñ de Jesús.

Al oír a estos seres desgraciados cualquiera los tendría por netos i sinceros católicos: ellos alaban la religión, aunque no expresan si la encaban por su verdad i santidad, o solamente como una institución política: ellos elojian la pureza de su doctrina, la sublimidad, i aun la grandeza de sus dogmas; i solo de vez en cuando se le llama *decrepita*, por alguno, que leyendo todavía con entusiasmo a Voltaire, i a otros de este jaez, creía que estos escritos estan todavía en boga en el viejo mundo.

Somos católicos dicen ellos: amamos en nuestro corazón la religión de nuestros padres en que hemos nacido, i según la cual hemos sido educados: pero.... ¡aquí esta el veneno; pero queremos la religión cristiana depurada de esos aditamentos, de esas añadiduras que la desfigurán i la hacen desprezable. Fuera fanatismo, fuera superstición, nada de abusos, nada de usurpación. Todo esto lo condenamos, pero en lo esencial estamos con los dogmas, con la moral i con la doctrina del Catolicismo. Mas hablemos claro: ellos quieren una religión a su modo, i vituperan como aditamentos, como añadiduras, como fanatismo, como superstición, como abusos i como usurpación todo lo que les molesta, todo lo que les disgusta todo lo que se opone a sus intereses.

¿Se trata del primado del Papa? «El no tiene la estension que se le quiere dar: el no fué establecido sino para mantener la unidad recibiendo simplemente la profesion de fé de los obispos en cuya institución no debe tener parte: todo lo demás es una usurpación. El obispado es la plenitud del sacerdocio: los obispos reciben de Dios amplia, absoluta, e ilimitada potestad para gobernar sus diócesis, sin que tenga que intervenir para nada la Silla Apostólica. Las reservaciones son unos abusos»

¿Se trata de la Jerarquía eclesiástica como hoy existe, como ha existido siempre? «Es una añadidura. Los presbíteros son como los obispos, el Papa no es sino un obispo: los párrocos son los verdaderos pastores. Los obispos i el Papa no ejercen sino un depotismo odioso fundado en las falsas decretales.»

¿Se trata de la elección de los obispos i de los párrocos? «Estas elecciones competen al pueblo: nadie le puede disputar este derecho. El pueblo es el arbitro de sus destinos, i podrá poner i quitar los obispos i los párrocos cuando a bien tenga;» i en comprobación de esto citan algunos pasajes de la historia eclesiástica; pero sin explicar los casos, sin exponer cual fuera la intervencion del pueblo en estas elecciones.

¿Se trata del libre ejercicio de la autoridad de la Iglesia? «Esto es contrario a los derechos inmanentes de la soberanía: es opuesto a las prerrogativas de la sociedad política, esa autoridad no podrá moverse sin la voluntad del magistrado. La Iglesia está en el Estado, i como súbdita debe obedecer sin replicaen cuanto quiera el poder civil» Una dependencia se-

mejante anula la autoridad eclesiástica; autoridad que Dios estableció independiente de la soberanía temporal, i por lo cual protestó que su reino no es de este mundo, significando así que los poderes terrenales nada tienen que hacer con un reino que no es de la tierra en que ellos mandan. Se anula la autoridad eclesiástica ¿que importa? ese es el fin, porque de ese modo la religión católica se destruye.

¿Se trata de dar majestad al culto, de la veneración de las imágenes, de la libre predicación del evangelio, del envío de misioneros? Se grita superstición, abusos, fanatismo.

¿Se trata de las órdenes monásticas, de la conservación de los bienes de la Iglesia, del celibato clerical? Se levantan las voces al cielo contra esta idea retrógrada, contra tan perjudiciales abusos, que atacan la población, que se oponen al fomento de la riqueza; i a todas estas cosas se las califica de ridículos anacronismos.

Se trata de la educación moral, de la confesión, de la comunión pascual; aquí el escándalo, «¡Osecrismo! ¡beaterio! ¡fanatismo! vergonzosas anti-guallas!...» i así podríamos ir discurrendo sobre mil i mil puntos esenciales del catolicismo.

¿Qué quedaria de esta religión si se le fuera quitando todo lo que esos filósofos califican de añadidura, de aditamento; de superstición, de fanatismo, de abuso i de usurpación? No quedaria ni moral, ni dogma, ni sacerdocio, ni culto. Desapareceria la autoridad de la Iglesia docente, la libertad en el ejercicio de sus funciones, el primado de jurisdicción del Papa, la jerarquía eclesiástica, la unidad de la Iglesia, i finalmente todo; de manera que el catolicismo no vendria a ser mas que un nombre vacío de sentido.

Quieren la religión católica tal como salió de las manos de su fundador; que se reformen los abusos, que cesen las usurpaciones, que desaparezcan los aditamentos, la superstición i el fanatismo; i con esto pretenden enganar a los incautos, i hacer que se les tenga como hombres que no claman sino por la pureza del dogma, de la moral i de la doctrina evangélica; pero ¿qué otra cosa era lo que predicaban Lutero i Calvino i los otros jefes de las sectas protestantes? ¿que lo que enseñaban Jansenio, Quesnell, i los demás dogmatizadores Jansenistas? Mas estos siquiera dejaban algo en pié; pero los filósofos, nada, nada, porque todo lo califican de abuso, de usurpación, de añadiduras, de superstición, de fanatismo.

Si se les arguye con las bulas i decretales de los Papas, son para ellos o falsas o sospechosas. El Papa no es infalible, dicen, i ha decidido conforme a sus intereses. Si con los decretos de los Concilios, sus decisiones versan sobre materia que les es extraña, i se reslenten de la ignorancia i de las opiniones erróneas del siglo en que se dictaron. Si con las doctrinas de los Santos Padres, estos incurrieron en muchas equivoqueiones, i pagaron un copioso tributo a la naturaleza i al tiempo en que vivieron. Si con la Sagrada Escritura; los textos tienen un sentido diferente de aquel en que se toman pero ¿no está de por medio la autoridad de la Iglesia? La primera regla según San Agustín, para conocer si alguno es verdaderamente cristiano, es observar si se somete dócil i sinceramente al juicio infalible de la Iglesia; de lo contrario será por lo ménos sistemático. Los filósofos de quienes tratamos, protestarán mil veces que ellos respetan i obedecen ciegameinte lo que la Iglesia enseña en materia de su resorte; pero limitarán su intervencion eschuyendo multitud de objetos que indudablemente son de su competencia. La distinción entre disciplina interna i esterna, no conocida antes de los novadores, i hol tan comun en todas las obras, pero cuyo sentido no está bien definido i circunscrito, les facilita salir con prontitud del embarazo; porque comprendiendo entre los objetos de disciplina esterna cuantos les plazcan, podrán sustraerlos de la jurisdicción espiritual i someterlos a la dirección e inspección de la autoridad civil. La